“EL QUE AGUARDA EN LA OSCURIDAD”

A. Belizón

Septiembre 2014

1

Era aún pequeña, apenas había cumplido los seis años. Su madre la sorprendió por casualidad en su cuarto jugando de una manera extraña con un perro diminuto que no pasaba de un par de meses. El animal, un sin raza de posible padre ratonero, estaba en un rincón, temblando, encogido sobre sí mismo, la cabeza gacha y con la esperanza de desaparecer por algún agujero que apareciera por arte de magia en el ángulo de la habitación. La niña tenía en la mano lo que parecía una vara de mimbre con la que daba al perro unos golpes enérgicos que hacían gemir al cachorro. Y en su cara había una sonrisa de satisfacción y placer.

- ¿Qué estás haciendo, Dunia? – La madre se interpuso entre ella y el sufriente animal.

La niña miró a la mujer en un gesto desafiante e imperativo.

- ¡Castigarlo! ¡Es muy malo! ¡No quiere obedecer!

La madre miró a su hija, con gesto de extrañeza y una cierta preocupación, mientras se secaba las manos en su delantal.

- ¿Y qué es lo que no quiere hacer?

- ¡Pues eso, no quiere obedecer!

La madre se agachó y puso rodilla en tierra con cierto trabajo hasta alcanzar la altura de la cara siempre malhumorada, de la pequeña. Con voz casi susurrante le cogió la mano que agarraba la vara, la desprendió de sus dedos y la acarició con el pulgar.

- Dunia, no se puede maltratar a un animal porque no te obedece…Es muy pequeño aún... Edúcalo, ten paciencia y poco a poco hará lo que tu le mandes…

La niña la miró con ojos fijos de pupila de cabeza de alfiler y se soltó de la caricia de su madre.

- Pues papá te educa a ti así…

En los ojos de la madre de Dunia hubo un brillo de desesperanza. La niña seguía mirándola con un gesto de desafío inconcreto. Su boca era una línea recta y apretada.

Desde primeras horas de la mañana el público se había agolpado junto a la puerta principal del edificio, aguardando el momento que se abrieran las puertas y se les permitiera entrar. Existía una corriente de simpatía y curiosidad por lo que se iba a decir dentro de aquellos muros. Al llegar el momento, la gente llenó la sala en toda su extensión. No solo estaban ocupadas las butacas centrales sino que se habían situado en los laterales y en

los pasillos, de pié o sentados en los escalones de grada. Sin conversaciones, sin cuchicheos, las miradas estaban fijas desde el comienzo en el conferenciante que hablaba en un tono casi íntimo, de persona a persona, atrayendo la atención general con palabras llanas y fácilmente comprensibles. Durante más de una hora expuso su tema. Posiblemente no quería dramatizar y se alejaba de cualquier planteamiento catastrofista, de cualquier exposición complicada, para tratar de acercar a aquellas gentes una realidad que era necesario mostrar y explicar. Hizo una pausa, paseó la mirada en abanico y se hizo fuerte en el atril, asiendo los laterales con sus manos, unas manos cuidadas de dedos alargados, apoyándose en el gesto para transmitir con mayor fuerza lo que expresaba:

- … No lo logro entender, se me hace difícil pensar que unos hombres escogidos, a los que se les ha dado el importante cometido de escuchar y repartir justicia, justicia con mayúscula, puedan llegar a cometer esa enorme cantidad de equivocaciones a las que, desgraciadamente, empezamos a acostumbrarnos. Fíjense en lo que he dicho: empezamos a acostumbrarnos. Ese puede ser nuestro error, nuestro gran error, decir que sí y dejar pasar con resignación unos hechos con los que no estamos conformes e, incluso, nos repugnan. Porque ello va, incluso, contra nuestra condición de ciudadanos libres. La libertad va de la mano de la justicia. Sin justicia no hay libertad. Tenemos que lograr que estas asambleas no queden en simples actos de reunión y palabras que luego se lleva el viento. Estas asambleas tienen que dar su fruto. Hay que combatir con las armas que nos ha dado la democracia. Mirar: No hay cosa que más asuste a una persona pública que los medios de comunicación hablen mal de ellos, que lo saquen en sus

páginas y analicen y aireen sus faltas. Bueno. Hagamos que esto ocurra; presionemos a periódicos, revistas, radio o televisión para que publique y cuestionen en nuestro nombre a los que cometen tantos errores con la impunidad del silencio corporativo. Que se persiga el delito es necesario, pero también es necesario que las penas sean proporcionales a los delitos y que no se libre el gran delincuente por tecnicismos legales o por disponer de dinero suficiente para pagar a los mejores abogados. Nuestra libertad no se comprende sin la existencia de una verdadera justicia. Por eso, si no existe esta, esa libertad se convertirá en una verdadera caricatura.

Hubo un momento de silencio.

Gabriel Tornos inclinó la cabeza y recogió las pocas cuartillas que le habían servido de guión, mientras a su alrededor estallaron los aplausos de un público entregado y adicto que se había puesto en pié al finalizar su discurso. Permaneció erguido, con una leve sonrisa en los labios y repitiendo un gesto de agradecimiento con la cabeza ante la manifestación tan calurosa que afirmaba su popularidad y aceptación. Su secretario y amigo, Eduardo, también le aplaudía sonriendo y afirmando a la vez con la cabeza.

La gente que le rodeaba pertenecía a muchos estamentos sociales, sin que hubiera una clasificación que los caracterizara. Lo único que les unía era la necesidad de un cambio en la ejecución de la justicia.

Todo venía desde atrás, desde muy atrás, a causa de un gota a gota de noticias negativas que, en los últimos tiempos, había colmado la paciencia de la gente común. Se habían juzgado unos robos y otra suerte de faltas leves con penas de una dureza excesiva para la importancia de los delitos cometidos. Y por otra

parte, un juicio a elementos peligrosos y reincidentes había concluido con condenas de una ligereza sorprendentes. Incluso se había dado el caso de una absolución por causa de un subterfugio legal difícilmente explicable para el gran público. La gente, descontenta con las actuaciones de unos jueces que no estaban a la altura de las expectativas, se sentía insegura e inquieta porque, en el fondo, la gran mayoría pensaba que algún día podría tocarle estar en esas circunstancias. Todo ello había originado una marea de opinión que, de asamblea en asamblea, de blog en blog, de boca en boca, rodando de uno a otro, tenía ahora la consistencia de una revolución pacífica. Y al frente de todo ello y de una manera casi casual, había aparecido Gabriel Tornos, un lingüista y psicólogo algo conocido, que por su manera de oponerse a este estado de cosas había alcanzado la notoriedad suficiente como para ir arrastrando tras de si a gente que necesitaba de una cabeza, de un líder que transmitiera sus inquietudes.

- ¿Pero qué se puede hacer realmente, señor Tornos? – La voz había saltado por encima del vocerío cuando el conferenciante empezaba a retirarse, rodeado de sus adictos. La pregunta hizo que Tornos girara la cabeza en aquella dirección - ¡Yo! ¡Soy yo! – El sujeto levantó la mano para señalarse. Era una cara corriente, de las que se confundían fácilmente con la multitud, sin que nadie reparara o pudiese acordarse de ella. – Le pregunto qué es lo que se puede hacer para que no ocurra lo que está sucediendo…

Gabriel Tornos levantó las dos manos para pedir que se acallase el ruido de alrededor y señaló al hombre que había hablado.

- Repita, por favor.

El otro, a pesar de verse rodeado de miradas de curiosidad, no se amilanó y voceó de nuevo.

- ¿Qué se puede hacer, de verdad, para que no suceda lo que está sucediendo?

Los ojos se dirigieron a Tornos que cruzó los brazos asintiendo.

- Buena pregunta. Justo la que tenemos que hacernos todos. ¿Qué podemos hacer para que estos casos que nos avergüenzan y repelen no se repitan? – Hizo una pausa expectante mirando a su alrededor, como si estuviese esperando la respuesta de ellos – No hay solución inmediata. No la hay. Las cosas están como están y moverlas, cambiar las mentalidades, las actitudes llevará tiempo y trabajo. Pero sí hay algo que ya podemos empezar a realizar: unámonos, unamos nuestras voces en protesta y acciones multimedias. Repito: No hay cosa que dé más terror a un personaje público que verse reflejado negativamente, una y otra vez, en las noticias que dan cada día en los periódicos, en la televisión… Rechacemos sus actuaciones, discutámoslas, presionemos al poder político para que actúe en consecuencia, alcemos la voz como ciudadanos libres que somos… Y si ese poder político no nos hace caso, cambiémoslo en las próxima elecciones, busquemos al partido que más se aproxime a nuestras necesidades, leamos su proyecto… exijámosle que se cumpla. En democracia el cambio lo hace el pueblo.

Otra vez estallaron los aplausos mientras Gabriel Tornos y su secretario, Eduardo Rebén, empezaban a retirarse hacia una puerta lateral, seguidos por la marea de afectos que seguían vitoreándole.

“Pero alguien tendrá que hacer el trabajo sucio, ¿verdad don Gabriel?” – El Ejecutor, en medio del mar de voces, no oía nada, sino su propio soliloquio – “Cuando los bastardos queden libres por las triquiñuelas de los picapleitos y la elucubraciones de los honestos jueces, cuando los asesinos vuelvan a matar, cuando los estafadores esquilmen a los indefensos, ¿quién remediará a los que piden justicia indefensos? ¿Tú con tus inoperantes palabras rimbombantes y ampulosas o yo con mi rifle de precisión? ¿Quién de los dos estará más cerca de la justicia, don Gabriel? ¿Sabe usted? Hace mucho tiempo que murieron estos discursos declamatorios porque naufragaron en la sordera de los de arriba…Murieron... Y es la hora de los hechos… los hechos que están en la mano ejecutora…”

El tumulto quedó atrás. En la noche llegó a su casa, abrió el ascensor y, mientras subía, miró hacia el techo, intentando adivinar si ella estaría esperándole allá arriba, como siempre, con su cara de permanente enfado y desprecio. Tenía la capacidad de producirle algo parecido al miedo con solo volver sus ojos y mirarle. Abrió muy despacio la puerta del piso deseando intensamente que no estuviera. No quería enfrentarse a ella. El interior estaba en silencio y todas las luces apagadas. Hizo un pequeño avance por el pasillo y escuchó. Ninguna voz, ningún ruido. Cerró la puerta de entrada tras sí y avanzó hacia la oscuridad. Sentía el camino hasta su dormitorio. Una luz difusa de farolas de la calle entraba a través de los visillos corridos del ventanal de la terraza de la habitación. No estaba bajada la persiana y las cortinas estaban plegadas en los laterales, dejando ver el marco en penumbra de los cristales. Se desnudó tirando la ropa sobre un sillón y se metió en el baño.

Necesitaba una ducha que le golpease la frente para apartar toda la furia que se iba generando en su cabeza después de haber oído las palabras del discurso. Unas palabras débiles y vacías.

“Pero es cierto. Tengo que reconocerlo. Si, ella tiene razón. Tengo que actuar, dejarme de palabrerías y empezar a limpiar de indeseables esta tierra. Mandarlos a los infiernos que es el sitio al que pertenecen. Solo así nos quitaremos de encima tanta basura, tanta mala hierba.”

El chorro de agua tibia le golpeó la cara y trató de controlar la ira que se enroscaba en su pecho como una hidra. Respiró hondo y se concentró en la sensación del agua resbalando por su cuerpo, logrando rebajar la tensión acumulada por la sensación de impotencia que sentía. Pero volvieron las imágenes, las palabras del discurso, los aplausos del público.

“¡Imbécil! ¡Creer que hablando se derriban los tronos de esas caricaturas de jueces…! ¡Jamás un dictador ha cedido por la fuerza de la palabra! ¡El que engendra violencia tiene que caer por la propia violencia que ha generado!”

Vivía tan intensamente ese momento que imaginó como acariciaba el arma, como centraba la cruz de la mira sobre la cabeza de su víctima y como acariciaba suavemente el gatillo antes de mandar al saqueador al infierno. Era un placer indescriptible verles saltar en el aire al recibir el impacto y dar las ridículas volteretas hasta caer como peleles en el suelo.

Se metió entre las frías sábanas, dio vueltas sobre sí mismo buscando una postura que no encontraba y deseó que el sueño llegase enseguida, que le llevase a los campos de tranquilidad y posibilidades de los mundos de la noche… y el sueño fue

comprensivo y le invadió los ojos, llenos de cansancio y de rabia, arrastrándole a unos escenarios de extraña dimensión y sin color…

Se despertó en alguna hora temprana de la madrugada y supo que ella había venido. Sintió sus pasos, leves, decididos, como entraba en la habitación y como se acercaba a la cama. No quiso dar señales de que estaba despierto, no quería oír su voz profunda, tan llena de reproches, pero sintió como su cuerpo se deslizaba a su lado y como su cara se acercaba a la suya.

- Se que estás despierto – Le susurró su voz – Es inútil que te hagas el dormido…

Parpadeó un poco y empezó a girar la cabeza hacia ella sin acabar de abrir los ojos del todo. Allí estaban los de la mujer, grandes, luminosos y fijos en él, taladrándole con aquella intensidad que era capaz de producirle la angustia de la que no se desprendía cada vez que estaba ella.

- ¿No quieres hablar conmigo?… ¿Qué ocultas esta vez?… - La voz de ella se introducía en su cerebro y lo inundaba de ecos, silbando como un áspid.

- No... Nada... No oculto nada... – Respondió él en un tono sordo, casi infantil.

- ¿Has vuelto a oír al “señor pacífico”?

- Sssi… Bueno…

- ¿Y?

- Ha dicho lo de siempre…

Escuchó un chasquido de lengua que representaba todo el rechazo que ella sentía.

- ¿Y cuando vas a atreverte a hacer lo que tienes que hacer como hacen los hombres? ¿Es porque “el señor pacífico” te está comiendo la cabeza con su palabrería? ¿Estás pensando en

quedarte con los brazos cruzados? Desde luego, es lo más cómodo. Así permitirás que ocurra lo que está ocurriendo, que gente como la que me hizo lo que me hizo siga en la calle sin ningún castigo… ¿Es eso lo que quieres?

El Ejecutor volvió la cabeza a su posición anterior, cerrando los ojos con fuerza.

- No. No es eso lo que quiero – La ira empezaba a serpentear otra vez por su pecho.

Sintió como la boca de ella se acercaba a su mejilla llenándola de un aliento frío y agresivo.

- Entonces, ¿a qué aguardas?… ¿O esperas que sea yo la que lo haga por ti?… Se donde guardas tus juguetes, tus armas…

El le dio completamente la espalda.

- ¡Déjame dormir! ¡Necesito dormir! ¡Estoy cansado… y mañana…!

- ¿Qué va a ocurrir mañana?

El Ejecutor no contestó, pero pensaba en lo que tenía decidido que iba a hacer mañana.

- ¿Sabes, Alex? – La mujer miró al hombre que permanecía acostado, bocarriba y desnudo sobre la amplia cama del dormitorio. Ella acababa de salir del baño y llevaba una toalla grande entre las manos. Como animal satisfecho, Alex estiraba su cuerpo y cruzó las manos tras la nuca, para observar el cuerpo de Dunia. Se estaba

secando los últimos vestigios de la ducha – He estado pensando últimamente sobre nuestro juego.

- ¿Si? – El hombre se recostaba plácidamente sobre la almohada, mirándola con una sonrisa soñolienta, casi ausente.

- Si. Me he cansado. Necesito un cambio.

El otro alzó la cabeza con sorpresa, sin salir del mundo cálido de sus pensamientos.

- Un cambio…Ya te cambiaste el color del cabello... ¿Qué cambio quieres que hagamos?...

La mujer se agachó hacia delante, desplegando la melena y se frotó el pelo, largo y negro, casi hawaiano, para luego levantarse y echar hacia atrás la toalla. Estaba también desnuda y se movía libremente, sin rastro de pudor.

- Pues… nosotros. Hay algo que ya no funciona en esto…Rutina... Algo de cansancio, un poco de aburrimiento… No se si eres tu o, posiblemente, sea yo… No se… Tengo que analizar esto… Distanciarme un poco…

El hombre se sentó en la cama, con un gesto perplejo.

- ¿Distanciarte? ¿Quieres decir dejarlo? – Sus manos expresaban su sorpresa - ¡Vamos Dunia, nosotros somos algo más que un rollo! ¿Qué es lo que tienes que analizar?

- No lo sé. – Abandonó la toalla en un sillón y sacudió la cabeza para soltar el pelo – Te vuelvo a decir que tengo que pensármelo…

El hombre giró su cuerpo con rapidez, sentándose en el borde de la cama.

- Te repito: ¿eso qué significa?

- Que me asusta la rutina... Quiero pasar página.

- ¿Me estás diciendo que te vas, que lo dejas? ¿Así como así?...

Mientras el hombre se iba alterando la mujer se relajaba y su voz era pausada y firme.

- Una relación como la nuestra empieza y acaba… O me vas a salir ahora con lo de que creías que era eterna…

- Dunia, tu sabes que lo que nos une es mucho más que unas horas de cama…

La mujer empezó a vestirse con rapidez. Las prendas que llevaba no eran complicadas y estuvo lista en pocos minutos. Se recogió el pelo bajo una gorra, se puso unas Rayban oscuras, de montura dorada, y atrapó su bolso y una gabardina. De pié, volvió a mirar al hombre casi con desafío.

- Me voy, Alex. Has sido un buen amante y un buen compañero de juegos y te agradezco los buenos ratos pasados, pero se acabó.

El hombre se levantó y, de pié sobre la moqueta de pelo largo y mullido, abrió sus manos en un gesto de incomprensión.

- ¿Y no podríamos discutirlo… comentarlo?

Dunia se detuvo junto a la puerta de la habitación y se volvió hacia él.

- ¿No era una relación sin condiciones, sin ataduras y de completa libertad? Pues tengo la libertad de decirte que se acabó. Alex: Punto final.

Salió hacia la entrada del apartamento sin permitirle una respuesta, abrió la puerta, bajó las escaleras sin llamar al ascensor y desapareció camino de la calle. Su coche estaba a muchos metros de allí, disimulado entre otros.

El hombre aún permanecía en su postura.

Eran las seis y aún no había empezado a amanecer.

Entró en su apartamento con la sensación de haberse liberado de algo pesado y agobiante, una sensación que había ido creciendo en su interior desde hacía un tiempo y que le impedía pensar con claridad. Lo peor es que se sabía culpable, cómplice de lo oculto, enganchada a una necesidad de sexo agresivo que empezaba a quitarle una libertad que necesitaba para ser ella.

Tiró el bolso sobre el sofá y se fue desprendiendo de la ropa mientras iba hacia el baño. La metió toda, de un golpe, en la bolsa de lo sucio y abrió el grifo de la ducha. Por alguna razón interior imperiosa quería quitarse de encima el agua de la otra ducha, quería quitarse de encima la noche pasada.

No se miró en el espejo porque sabía de memoria todas las preguntas y parte de las respuestas que se había formulado desde que supo quién era y como era. y dejó que el vapor lo empañase todo.

Aquella mañana, una mañana gris que desde la madrugada iba descargando una lluvia fina e incómoda, de las que parece atravesar los poros de las prendas para extenderse por la piel estremecida, Dunia Sanlorenzo, inspectora del cuerpo general de

policía, brigada judicial, entró en su despacho, atravesando la sala de trabajo que en esa hora estaba casi vacía, con los retenes reglamentarios. Era seguro que la gente estaba repartida por la cafetería del edificio y los bares circundantes de la zona después del servicio de noche y el cambio de personal. Se sentó en su mesa y miró todo el papeleo que se acumulaba sobre ella, que, aunque estaba ordenado y clasificado, necesitaba del tirón final para que desapareciese. Era la parte cansada del oficio, la rutina de los pequeños delitos, de las inconsistentes denuncias, de los memorandums continuos que lanzaban desde arriba…

- ¿Lista para la guerra diaria?

Dunia levantó la vista para encontrarse con la humanidad de Fernando “Oso” Ortega, 120 kilos, 1,90 de estatura y asistente permanente de gimnasio. Era obvia la explicación del por qué se había ganado ese sobrenombre. Poseía una voz de tenor contenida y unos ojos en los que brillaba una aparente y engañosa inocencia que había costado un disgusto a más de un delincuente poco listo.

- Hola, Ortega – Dunia se resistía a los apodos - ¿Traes alguna novedad?

El otro soltó una media sonrisa a la vez que le enseñaba una carpeta.

- Ya puedes figurarte.

Había un denominador común en la mayoría de los destinados a aquella comisaría: era gente que poseía un carácter denominado en las altas esferas como “de difícil clasificación”, efectivos con una capacidad de trabajo muy positiva pero con un individualismo marcado que les hacía difíciles de manejar. A algún cerebro pensante se le había ocurrido la idea de concentrarlos en aquella unidad para ver si en una batalla de egos, mezclada con la

recepción de casos complicados o de difícil solución, se les aplacaba aquel perfume de indisciplina que no constituía ninguna falta, pero si una tremenda molestia para una entidad cuya tradición pedía, como código no escrito, mentes obedientes y disciplinadas y un profundo espíritu corporativo.

A agentes como Dunia o el mismo Ortega les era difícil aceptar las medias tintas y los paños calientes que, muchas veces, parecían gravitar sobre delitos de clara definición, como si hubiera delincuentes de primera y de segunda o sinvergüenzas con tarjeta vips. Para Dunia no era una postura determinada sino una construcción mental que excluía prestarse a esos juegos y eso parecía extenderse a sus compañeros, conocidos como “los de la 22”.

Por obvias razones, los casos que les adjudicaban eran los más complicados, los que en otras dependencias se consideraban “marrones integrales”.

- Aquí tienes – Ortega le tendió la carpeta y se cruzó de brazos – Chica de veintipocos, rubia, posiblemente bien vestida y posiblemente muerta a primeras horas de la noche pasada. Ya la tiene el forense.

Dunia miró unas fotos digitales adjuntas de 18 x 24 en color. Lo que se veía en ellas era algo complicado de descifrar. Un amasijo de carne y huesos y trozos de algo quemado hasta la extinción y dentro de un recipiente.

- Muchos posibles. ¿Por qué posiblemente bien vestida?

- Cosas que encontraron los de la científica. Restos de tela, alguna etiqueta y así. La mataron, la metieron en un bidón grande, de esos de aceite, e hicieron una hoguera con ella.

- Me figuro que lo de rubia y veintipocos años es cosa del forense, porque aquí…

- Evidente.

Dunia seguía repasando el expediente. No les habían avisado para la inspección ocular, lo que significaba que venía de rebote.

- Y, por lo que veo, este caso ya tiene destino después de haber pasado por otras manos.

- Si. Tú y yo.

Dunia sonrió y dejó la carpeta sobre la mesa.

- Para los mejores.

La mujer se levantó, cogió el chaquetón y el bolso del perchero y se volvió hacia su compañero.

- En marcha.

La visita al forense era siempre deprimente. En primer lugar, su situación: al margen de ser un edificio del extrarradio, siempre se ubicaba en un semisótano, siempre había un pasillo frío de paredes desnudas, siempre estaba pintado en colores más fríos aún, verdes desvaídos, azules grisáceos, y luego, tras pasar por la última puerta, el espectáculo de las mesas de acero, algunas vacías, otras con los cadáveres a la vista… los frigoríficos al fondo… En segundo lugar, todo aquello tenía un algo de extraño matadero, donde el significado de humano parecía diluirse en sus penumbras.

El médico alzó la vista cuando la pareja entró en la sala. Estaba trabajando sobre unos restos que no debían de ser los de la muerta porque no tenían señales del fuego.

- ¿Por lo de la chica de anoche?

- Si. Ortega y Sanlorenzo – Enseñaron sus credenciales que el otro ni siquiera miró, asintiendo con la cabeza. Les señaló por encima del hombro con un sangrante bisturí una mesa al fondo, cubierta por una sábana verdosa e iluminada por la fría luz blanca de un foco superior, a la vez que soltaba el instrumento y los acompañaba. Lo que había debajo del sudario no abultaba casi nada. Se acercaron y el hombre desplazó la sábana a un lado, dejando al descubierto un esqueleto recompuesto, deformado y casi totalmente quemado por el fuego.

- No hay mucho que ver ni mucho que decir – Empezó a recitar el médico – Desde luego es una mujer jóven, alrededor de los veintidós o veintitrés años, no tuvo hijos y fue estrangulada antes, malamente, de un forma violenta y brutal. El hioides y las vértebras, ya saben. Por la temperatura del bidón y descontando el frío de la noche, se puede aproximar la hora de la hoguera… y poco más. Hay señales de una rotura de cúbito y radio del brazo izquierdo. Hay algo de piel que nos puede ayudar. Quien lo hizo lo hizo torpemente. No quemó todo el cuerpo. Si hubiera echado mayor cantidad de combustible no hubiéramos podido encontrar ni rastro de ADN. El que metió el cuerpo en el bidón, probablemente tenía ya pensamiento de quemarlo porque hay restos de ese acelerante, posiblemente gasolina. Ya lo dirá el laboratorio.

- ¿Algún objeto que pueda relacionarla o identificarla?

El forense miró el esqueleto negruzco y movió la cabeza con gesto fatalista.

- Quien lo hizo, intentó no dejar en ella ningún rastro. Hemos hurgado en el bidón hasta en las grietas más profundas para encontrarlos. Alguno restos de tela, de encaje, etiqueta…Sabemos que era rubia por un diminuto mechón de pelo que quedó

enganchado y milagrosamente sin quemar en el borde interior del recipiente… La cabeza y el torso fue lo primero en arder. Lo único que nos queda por saber es la respuesta del ADN para tratar de identificarla, pero ya saben que esto tardará unos días… Lo del fuego nos va a complicar la cuestión... Afortunadamente estuvo mal quemada...

En el registro de desapariciones no constaba la denuncia sobre una mujer de aquellas características, aunque era pronto para tener noticias completas sobre el particular. Una visita al sitio de la aparición del cadáver tampoco dió un resultado interesante. El lugar, los bajos de una intersección de pistas en un nudo de circulación al norte de la capital, estaba lleno de restos de todas clases y objetos como viejos colchones y cajas de cartón, que señalaban la presencia del paso de vagabundos y sin hogar, así como multitud de pisadas, masculinas y femeninas. La única señal del siniestro era una enorme mancha negra sobre uno de los contrafuertes de hormigón del puente que indicaba la altura a la que llegaron las llamas y que el bidón estuvo arrimado a aquella pared. Pero el suelo, al margen de las huellas, no denotaba paso extraño alguno, ni siquiera la posibilidad de que el cadáver hubiera sido arrastrado por alguien desde un coche aparcado en las cercanías.

- El traslado del cuerpo debió ser como si fuera un saco, a hombros – Dunia miraba a su alrededor en una búsqueda general - Y, desde luego, apostaría una cena a que ya estaba muerta cuando llegó aquí. No hay señales de lucha ni nada parecido.

Ortega daba vueltas alrededor de donde había estado el bidón.

- Hay otros detalles. Si la metió en el bidón, una de dos, o sabía que esto estaba aquí o lo trajo.- Miró una foto que traía en el bolsillo - No creo que lo trajera, es un recipiente viejo y con restos de aceite usado hace bastante tiempo. Mira el aro de su huella en el suelo, eso tiene tiempo. Si estaba aquí es que anteriormente lo había visto, luego es posible que sea un habitual de estas pistas. En concreto, creo que fue una acción planeada: buscó el sitio, lo encontró, tanteó sus medios, ejecutó y trajo el cadáver. Fue un crimen premeditado y medido. Precipitado desde luego, pero sabiendo que iba a hacer.

- La mujer le estorbaba.

- Algo así.

- Quien sea es un tipo fuerte, capaz de cargar con un cuerpo de sesenta y tantos kilos, quizás algo más, un trayecto de… - Miró hacia los dos lados – veinte metros y meterlo en el bidón a presión…

- …y volver al coche, sacar el recipiente de gasolina, etc, etc…

Dunia seguía observando su alrededor.

- …teniendo en cuenta que, si era de noche, no tuvo mucho tiempo en prender el fuego y desaparecer. Una llamarada como ésta atrae muchas miradas… Era un riesgo bastante importante… Por aquí, incluso a esas horas pasan algunos vehículos… No se… Quizás por eso no pudo quemarla totalmente...

- Podríamos publicar la noticia... Quizás alguien haya visto algo...

- Si… Puede…

Los dos quedaron mudos, pensativos. El lugar no ayudaba a nada. Dieron la vuelta y se dirigieron al coche.

2

El Ejecutor esperaba pacientemente dentro de una furgoneta gris claro, usada, neutra, sin más indicación que las matrículas algo polvorientas, aparcada en una estrecha calle lateral, ramal de la principal de la urbanización y perpendicular a la fachada de la casa que estaba vigilando. Llevaba apostado en aquel sitio bastante tiempo porque sabía que su presa no tenía hora fija de salida por la mañana; lo había comprobado pacientemente durante algunos días. Simplemente se trataba de actuar como si estuviera en una cacería, esperando en el puesto que el animal apareciese en la trocha camino de su destrucción. Antes o después, tarde o temprano, la cancela principal se abriría segundo a segundo para dejar paso a uno de sus coches con él dentro. Había ensayado el movimiento durante muchas veces. Desde el lugar donde se había apostado,

podía hacer una panorámica, acompañando el recorrido de salida y cazar al depredador en solo dos disparos, uno más por seguridad. El entorno le acompañaba. Era un callejón estrecho, sin ninguna puerta al exterior, sin ningún hueco, solo altas tapias con enredaderas y hiedra abundante que le emboscaban lo suficiente como para permanecer discretamente recogido en el lugar sin que miradas ocasionales lo localizasen. Su pensamiento estaba sumergido en su víctima. Pensó en la forma en que aquel indeseable estaba disfrutando de su libertad y de su dinero mal conseguido, con toda la impunidad que le permitía un gabinete de abogados muy costoso y las consabidas trampas legales para demorar su comparecencia, y acarició la culata del arma como si fuera la piel de un animal domesticado que aguardase la orden de saltar sobre su presa.

Inesperadamente, la cancela de hierro empezó a abrirse lentamente. El Ejecutor, a pesar de que esperaba ese momento, dio un breve respingo y se puso en marcha. Bajó a medias el cristal derecho, apoyó el cañón del arma con el silenciador en él y esperó su momento. A través de la mira vió el coche que salió muy despacio, se detuvo unos segundo cuando el conductor miró a su izquierda para ver si tenía paso franco, y reanudó la marcha dando un giro a la derecha, presentando entonces todo el lateral izquierdo. En el asiento de atrás, tras un cristal semiahumado se remarcó la silueta del hombre. El Ejecutor efectuó la maniobra con precisión: inició una pequeña panorámica, encuadró a la silueta y apretó el gatillo. El impacto dio en el cristal de la ventanilla trasera, atravesó el vidrio, deshaciéndolo, abriéndose camino hacia la cabeza del hombre, acertando al encañonado en pleno, haciendo que su cuerpo diera un salto atrás. No necesitó un segundo disparo.

El chofer, por instinto, echó a un lado el vehículo de un volantazo, subiéndolo a la acera, y abrió su puerta violentamente tirándose al suelo. Momento que El Ejecutor aprovechó para arrancar y, reculando, salir por una de las calles paralelas y enfilar hacia el centro sin apresurarse, para circular como un vehículo cualquiera de los muchos que transitaban.

En la parte trasera del otro coche, la víctima señalada yacía con la cabeza destrozada, llenando de sangre el respaldo del asiento, con los ojos fijos en un infinito que le arrastraba para siempre.

El informe de la Brigada Científica sobre la mujer del bidón llegó días más tarde en un sobre no muy abultado. Dunia sacó la carpeta, lo leyó detenidamente, pensó que la chica tenía algo familiar y luego se lo pasó a su compañero.

- Hubo suerte: Sibila Robledo. Ya está identificada. Se operó de un nódulo en el pecho en el Hospital General y quedó allí registrado su ADN.

- ¿El fuego no impidió...?

- Por fortuna hubo parte del cuerpo que no se quemaron. Tampoco la dentadura. Parece que este asesino no es muy profesional si ha querido ocultar la identidad del cuerpo...

Ortega abrió la carpeta y repasó los detalles.

- Sacaré todo sus datos del registro. Y espero que no haya muchas Sibila Robledo – Miró la fotografía y luego a Dunia – Curioso. Si tu pelo fuese rubio serías casi el doble de esta chica.

- ¿Tu crees? – Extendió la mano para que él le pasase la foto. La cogió y la observó un momento – Era algo más jóven y más delgada – La retuvo unos segundos y alzó la vista al devolvérsela a su compañero – Pero esto del quemado en el bidón arrastra otra pregunta.

- ¿Si?

- ¿Por qué la metieron allí y la quemaron?

- Para retrasar la identificación. Es lo más corriente...

- Puede ser. ¿A ti te convence esa respuesta?

- No. Solo es una posibilidad.

- Y no muy sólida. Puede ser algo que tuviera que ver con la crueldad o el sadismo...

- ¿Tu crees?

- Puedes matar a una persona, incluso la rocías con gasolina y le prendes fuego, pero ¿para qué meterla en un bidón plegando el cuerpo y presionando para que entre dentro?

El móvil de Dunia repiqueteó sobre la mesa. La mujer lo cogió mientras seguía leyendo el informe. Escuchó un momento y apartó la carpeta para anotar algo en un trozo de papel. Cerró el teléfono y se levantó.

- Coge tus artilugios, Ortega. Tenemos otro trabajo fuera.

Todo estaba como el Ejecutor lo había dejado, excepto el chofer, que, huyendo, se había apartado a un extremo, y hablaba con uno de los forenses.

El muerto era lo suficientemente importante como para tener congregada en el lugar a la flor y nata de la investigación ciudadana. Pero Dunia sabía que la mayoría estaba allí por las fotos que pudieran salir en los periódicos y revistas que siempre servían de promoción para los trepa. Pero, en el fondo, como de costumbre, el caso se les había endosado por las aristas que presentaba el asunto.

Los del departamento forense estaban repartidos por todos lados y el juez llegó casi al mismo tiempo que ellos. Ortega se detuvo a hablar con los de la municipal para informarse de cuanto había hecho. Dunia abrió la puerta trasera del vehículo asaltado, se agachó al entrar, y se acercó donde estaba el cadáver. Tenía un agujero limpio a un lado de la frente y tras la nuca apoyada en el respaldo del asiento había una enorme macha de sangre que había resbalado por la mejilla y que empezaba a estar oscura.

- José Laverne, ya sabes – Susurró Ortega, metiendo un poco la cabeza donde estaba la mujer.

Dunia se incorporó y salió, quitándose los guantes de látex.

- Si. Se quién es. Un pájaro de cuenta. ¿Algún testigo?

- Por ahora, de todo el alrededor, nadie ha visto nada ni oído ningún ruido. El chofer tampoco oyó nada. Tenía los cristales de sus ventanillas levantados y cuando salió se tiró al suelo.

- Un disparo se oye aún con los cristales alzados.

- Ya puedes suponer lo que llevaba puesto el arma…

- Un silenciador… ¿Casquillos?

- Ninguno. Parece un trabajo de profesional.

- Tiene todas las trazas de que se empleó un rifle. El cristal saltó hecho añicos y la bala aún tuvo fuerzas para hacer esa carnicería. Además, el chofer dice que no vió a nadie acercarse al coche. Un rifle desde luego con munición muy potente.

- Dime que ha adelantado el forense.

El juez se acercó y ambos agentes le saludaron.

- Lo hicieron con toda seguridad desde ese callejón – Dunia señaló hacia donde la furgoneta de El Ejecutor había estado aparcada – Aprovecharon el giro del coche para encañonarle y disparar. Comentaba con mi compañero que tiene todas las trazas de un rifle. Posiblemente con silenciador. Puede ser un trabajo de encargo.

- No me extrañaría. Posiblemente este hombre tendría unos cuantos amigos – Comentó el juez moviendo la cabeza en un gesto de entendimiento – pero también bastantes enemigos.

- Y de no muy buena reputación.

- Uh. Eso puede pertenecer al secreto del sumario – Replicó con una sonrisa.

La televisión daba esa misma noche la primera reseña. Mientras salían al aire las imágenes no muy nítidas del lugar y del coche sacadas con teleobjetivo, la voz del locutor recordaba la personalidad y antecedentes del muerto:

- José Laverne, 52 años, que, como pueden saben nuestros espectadores, arrastraba cinco procesos por ser sospechoso de

estafa, malversación y posible blanqueo de dinero, ha sido asesinado por persona o personas desconocidas en la misma puerta de su domicilio… Aún no hay nada concreto ni ningún comunicado de la policía, pero parece ser que el asesino utilizó un arma de fuego desde una distancia no muy grande que le produjo la muerte instantánea. De la última acusación, la desaparición injustificada de veinticinco millones de euros de una de sus empresas para llevarla a la quiebra, solo le correspondió una condena de dos años de cárcel que no cumplió. Tenía pendiente juicios por varias causas de los que se iba librando a causa de una elaborada estrategia de posposiciones, apelaciones y obstrucción calculada.

El Ejecutor estaba apoyado en la barra de un bar de medio pelo y miraba a la pantalla del televisor que había sobre una repisa de un rincón sin un gesto en su expresión, como si aquello ocurriese en el planeta Marte. La locutora seguía relacionando los casos de infracción de la ley del tal Laverne con algo de su historia personal. El Ejecutor dejó un billete sobre el mostrador y salió hacia la calle. Anduvo bastantes metros, cerca del kilómetro, y se acercó a una cabina de teléfono que tenía apagado el alumbrado interior. Sacó un papel del bolsillo, echó unas monedas por la ranura de admisión y marcó un número. Antes de empezar a hablar puso un dispositivo sobre el micro.

- Hola. ¿Televisión? ¿Canal tres? - Aguardó un momento hasta que una voz chillona de mujer le sacó de su ensimismamiento - ¿Me pasa con redacción? – Otra espera. Miró a su alrededor, pero la noche parecía acompañarle, no había luna y pocas luces de alumbrado a su alrededor - ¿Redacción? Preste atención. Este repugnante ser, el tal Laverne, es el primero de los corruptos que

van a caer por mi mano. Voy a hacer la limpieza que los jueces no se atreven o no quieren hacer. Si necesita una comprobación de lo que digo, cuéntele de mi parte a la policía que el agujero que tiene en la cabeza ese delincuente es de un calibre 7,92. Gracias.

Limpió de huellas el aparato, colgó y se marchó hacia la oscuridad con un paso tranquilo, de hombre satisfecho por el deber cumplido, silbando en tono muy bajo una melodía clásica. Pensó en una antigua película que había visto en televisión hacía poco, “M, el vampiro de Dusseldorf”. Peter Lorre silbaba también una musiquilla, algo de Peer Gynt… el anciano de la montaña o así… Solo que él no estaba loco como aquel homicida… El únicamente administraba justicia…

- Bueno – Dunia se recostó en su asiento mirando a los reunidos en la pequeña sala que había conseguido adjudicarse para centrar el grupo de investigación. – Por un lado, tenemos un loco, un iluminado o simple y llanamente, un asesino que se divierte haciendo de justiciero vengador. Me inclino por lo de iluminado. Por otro, también existe una llamada esta misma noche a Canal Tres de alguien que se ha adjudicado la muerte de Laverne y que nos amenaza con seguir las ejecuciones. Afortunadamente, la cadena no la ha emitido al público y solo nosotros, por ahora, tenemos la información.

Se apartó a un lateral, acercándose a una serie de racs en el que se distribuían toda clase de aparatos reproductores de imagen

y sonido. Metió en uno de ellos el disco que llevaba en la mano y apretó un pulsador negro. A los pocos segundos empezó a escucharse la voz distorsionada del comunicante, desgranando su perorata de venganza y ejecución. Su tono tenía un punto infantil que recordaba algo la actitud rencorosa del chico vapuleado por otro mayor que él.

-"¿Redacción? Preste atención. Este repugnante ser, el tal Laverne, es el primero de los corruptos que van a caer por mi mano. Voy a hacer la limpieza que los jueces no se atreven o no quieren hacer. Si quiere una comprobación, dígale a la policía que el agujero es de un calibre 7,92. Gracias."

Dunia pulsó otro de los botones del mando a distancia para detener la locución.

-Los del laboratorio dicen que, efectivamente, ese es el calibre de la bala que se incrustó en el respaldo del asiento donde se apoyaba la cabeza de Laverne.

- ¿Calibre OTAN?

- Si, eso es. En principio, de rifle o pistola. Este sujeto empleó quizás un CETME, un Dragunov SVD, un MSG-90… o una Tokarev…Da igual. El agente Ortega y yo opinamos simplemente que es un rifle, un rifle de francotirador con silenciador y, desde luego, con mira telescópica. El blanco era concreto y preciso, tenía que atravesar el cerebro y a penas contaba con seis segundos para localizar el objetivo y disparar. Lo hemos cronometrado.

Se acercó a una pizarra e hizo un esquema de la calle, el callejón y la puerta de salida del vehículo. Luego trazó el rectángulo del coche en varias posiciones de su recorrido.

- Al salir el coche de Laverne, desde el callejón y desde cinco posiciones planteadas alrededor de la entrada, no hay blanco

posible, está de frente, al asesinado lo tapa el chofer y los reposacabezas de los asientos delanteros. No hay manera de encañonar a la víctima. Han transcurrido siete segundos. Se detiene. El coger mira hacia la izquierda por si se aproxima otro vehículo. No ve ninguno y arranca: A partir de ese momento, nuestro asesino no tiene más de seis segundos antes de que desaparezca el vehículo de su ángulo de visión en su recorrido desde la puerta hasta desaparecer tras la esquina de la calle, porque el disparo parte desde un vehículo aparcado en la perpendicular de enfrente con toda seguridad. Le sobran dos segundos. A los cuatro dispara y da en el blanco. En esos cuatro segundos ha apuntado y disparado una sola bala. Es un buen tirador y tiene experiencia con las armas. Pensamos que es un rifle por la precisión del tiro aunque el silenciador suele dificultarla. Una pistola no alcanza ese nivel. Ya sabemos que el rifle se apoya, tiene estabilidad y, sobre todo, tiene mira telescópica. Además, los cristales laterales eran tintados, con lo que supone una disminución de la visibilidad. Buscamos entonces a un individuo que está entre los veintitantos y cincuenta, temperamento nervioso, pensamientos mesiánicos y con conocimiento y práctica de armas automáticas que le permiten el título de francotirador. O, como alternativa, un sicario que se disfraza como el anterior, que ha ejecutado a Laverne por encargo. Es evidente que hay que bucear en la vida del difunto y contemplar conexiones que justifiquen una cosa así. También puntear los aeropuertos, puertos y cualquier tipo de entrada y salida del país para desechar la presencia de un extranjero que se haya encargado de dar el pasaporte a nuestro amigo.

- O sea – Planteó el agente – que tenemos que cubrir todas las alternativas.

Dunia sonrió asintiendo con la cabeza y señalándole con el índice a modo de pistola:

- Esa es una táctica infalible.

3

El móvil sonó a la caída de la tarde. Dunia lo abrió sin poder saber quien le llamaba. Era un número oculto. A su móvil privado. Nada que ver con el trabajo.

- ¿Dunia? – La voz era reposada, quería ser cautivadora e íntima, una voz que conocía perfectamente y que no deseaba oír.

- ¿Alex?

- Me estaba preguntando si se te ha pasado ya la locura de ayer.

- ¿Locura? – Dunia soltó una leve risita impregnada de sarcasmo - ¿No has entendido entonces nada de lo que te dije?

- Vamos, Du – El que la llamase Du por Dunia con el mismo deje que si la llamase “pequeña”, era uno de los varios puntos que

había acumulado en su contra a través de las citas – Ya se que, como todo ser humano y, por supuesto, como todas las mujeres, buscas estabilidad, seguridad y todo eso. Lo entiendo – Dejó un pequeño espacio para que ella recapacitase y asumiese dócilmente lo que le estaba diciendo - Pero nosotros vamos muy bien, no necesitamos para nada todos esos ceremoniales prenupciales… Así lo pactamos, ¿recuerda? Nos conocemos muy, pero que muy bien…

- No sigas. Te estás equivocando totalmente.

- Verás – El tono conciliador-paternal se hizo ahora casi empalagoso, como si estuviera convenciendo a un niño para que se tomase un jarabe repugnante - Se que necesitas un respiro… Bien, de acuerdo. Tómatelo. Incluso comprendería que tuvieses otras aventuras… Es bueno comparar y saber lo que no se tiene…

Cerró la tapa del teléfono y lo desconectó. No quería oír más. Había sido un error estúpido el darle su número privado. El ruiseñor se había vuelto serpiente. Un ofidio fatuo y presuntuoso. Metamorfosis de la vida. No le gustaban los reptiles. Pero él no tenía la culpa; era ella quien se había acercado al terrario y se había metido completamente en él.

Ortega se sentó frente a su mesa y le puso una carpeta de color pardo, tamaño folio, delante de ella.

- ¿Qué sabes de Termens Tecnológica?

Dunia miró la carpeta con ojos de sorpresa y luego a Ortega que aguardaba su respuesta tranquilamente.

- ¿Por qué Termens Tecnológica?… - Alargó la mano y abrió el expediente controlando el movimiento de su brazo, sintiendo un torbellino de sensaciones en su interior que logró pasar por el silenciador de su cerebro. Al abrir la tapa apareció la misma foto

ampliada de pasaporte de la otra carpeta: una chica rubia, jóven, que sonreía a medias a cámara y creía que iba a vivir hasta los noventa años por lo menos – Sibila Robledo.

- Trabajaba ahí, en Termens Tecnológica. Una de las secretarias de presidencia. Se turnaba con otras.

Dunia suspiró silenciosamente. ¿Qué clase de ente era el destino que hacía de lo imposible una realidad? Aquella maldita empresa, precisamente aquella, era la empresa de Alex y Alex era su presidente.

El dossier decía que la mujer asesinada tenía 23 años, que era una chica lista y despejada, que estaba terminando Ciencias Empresariales y que su familia era de otra provincia. Vivía en un apartamento en un área de clase media.

- ¿Has hablado con alguien de Termens?

- No. Tanto lo de ella como lo de Termens lo he sacado del registro general y un par de sitios más. La verdad es que tenemos muy poco para empezar.

- Su familia está fuera y queman el cadáver para retrasar su identificación… Nadie puede avisar de su desaparición con el fin de semana por medio… ¿Por qué si no?

- Lo que puede indicar mayor premeditación.

- Pide cita con esa gente. Necesitamos hablar con sus compañeros, con sus jefes… ya sabes. Hay que reconstruir en lo que podamos la vida de esta mujer y su entorno.

Ortega asintió, se levantó y desapareció camino de su mesa. Dunia frunció el ceño. De los miles de empresas que había en la capital, la víctima tenía que ser precisamente de Termens Tecnológica. ¡Y secretaria de dirección!

El Ejecutor había tirado el periódico al suelo en un gesto de rabia y cólera no reprimido, después de haber visto la noticia que ocupaba la tercera página. No era un lugar demasiado destacado, quizás por lo que había dicho Gabriel Tornos en su discurso de días anteriores: la rutina contribuía al olvido paulatino.

- ¡Canallas! ¡Corrompidos! ¡Perversos! – Cada palabra quería salir disparada de su boca en una explosión de ira incontinente, como perdigones de una escopeta de caza percutiendo en su cerebro, pero solo las pronunció para sí y su gesto era el del iluminado - ¡Tienen el poder de ajustar las cuentas a esa inmundicia y no se atreven a ser implacables! – Saltó hacia un pequeño armario que había al comienzo del pasillo, abrió con violencia una de las puertas y sacó del hueco su rifle, el arma que él sabía que sí era implacable. Lo llevó al salón mientras montaba y desmontaba el cargador. Se acercó a la ventana y miró cuanto se abría a su vista, una ciudad al atardecer que se perdía en una neblina crepuscular. A sus pies, pisado y pateado por él, el periódico contaba que un juez había ordenado la libertad de un atracador por defecto de forma en el procedimiento. El Ejecutor pensaba en que el juez o el atracador no merecían pertenecer a este mundo. O quizás ninguno de los dos. ¡Defecto de forma en el procedimiento!